

## PROFESORES Y POETAS

**JUAN TEODOMIRO LÓPEZ NAVARRETE**

Vicerrector de Investigación y Transferencia de la Universidad de Málaga

De sobra es sabido que son las personas las que dan rumbo a la Universidad de Málaga. Ellas dirigen su devenir y atestiguan su historia con la palabra como mejor arma. Uno de los mayores legados de la universidad es aquello que escriben sus profesores, los encargados de transmitir el conocimiento, de despertar la actitud crítica entre los alumnos, de crear...

Porque el arte es, sin duda, un pilar fundamental de toda universidad, aunque, paradójicamente, corresponda a un vicerrector de Investigación destacarlo en la presentación de este libro. Pero, ¿acaso hay mayor transferencia a la sociedad que la creación artística? En las páginas de *Profesores y Poetas* hay observación, reflexión y experiencia. Preocupaciones éticas y también compromiso social. Pero también hay sentimiento, mucho sentimiento. La Universidad de Málaga lleva en su ADN el arte y este libro es prueba de ello.

Se trata de una recopilación de obras de catorce profesores, cuyas trayectorias literarias forman parte de la poesía de las últimas décadas. Sus nombres son ya referentes de la literatura que se está escribiendo en la ciudad de Málaga, a la que, con sus referencias, hacen grande. Y es que, tal y como afirmó el premio Nobel Vargas Llosa recientemente en nuestra universidad, «mientras no exista literatura sobre ellas, las ciudades son tristes y pasajeras». Catorce miradas que recorren cuarenta y dos años de literatura. Desde la poesía social de los años 50 a una literatura más moderna que cuestiona las distintas perspectivas de género. Generaciones, temas y estéticas muy diferentes, pero a su vez, cómplices.

Para el Vicerrectorado de Investigación y Transferencia de la UMA es un privilegio formar parte de este libro y poder apoyar su creación. Para mí, como vicerrector, un honor poder dejar algunas líneas entre sus páginas. Entre las ilustres letras de este grupo de profesores y poetas de esta universidad.







# INTRODUCCIÓN



## PROFESORES Y POETAS

ANTONIO AGUILAR

Todo ello pone de manifiesto la conveniencia (pero también la necesidad) de poner al alcance de todos los que conforman nuestra universidad la enorme riqueza poética (tanto temática, como estilística y generacional) del conjunto de una obra cuyas claves más determinantes residen en su honda diversidad: la trayectoria común de estos poetas y profesores se mueve entre la pluralidad de sus resultados y la coherencia expresiva de quienes comparten unos parámetros culturales muy cercanos entre sí.

Porque los catorce profesores presentes en esta muestra pertenecen a siete distintos (y muy heterogéneos) departamentos de la UMA: Departamento de Derecho Civil, Derecho Eclesiástico del Estado y Derecho Romano (Antonio J. Quesada); Departamento de Derecho Público (Ana María Prieto); Departamento de Didáctica de las Lenguas, las Artes y el Deporte (Álvaro García, Antonio García Velasco, Carmen López y Francisco Morales Lomas); Departamento de Filología Española, Italiana, Románica, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada (Antonio Gómez Yebra, Antonio Jiménez Millán y Rosa Romojaro); Departamento de Psicología Social, Trabajo Social, Antropología Social y Estudios de Asia Oriental (Manuel Montalbán); Departamento de Tecnología Electrónica (Eduardo Casilari); y Departamento de Traducción e Interpretación (Esther Morillas, Ángel Néstore y Francisco Ruiz Noguera).

De otro lado, estos poetas y profesores, llegados de disciplinas tan dispares, forman parte fundamental de prácticamente todas las generaciones sucesivas de poetas que todavía permanecen en activo, ello hace que sus poéticas corran en paralelo a la diversidad expresiva de las principales corrientes de los últimos cuarenta años. A través de los poemarios publicados por cada uno de ellos podemos

seguir no solo la evolución de la poesía española actual (desde los años 70 hasta el nuevo siglo), sino también asistir a algunas de sus realizaciones prácticas (léase «poemas») más brillantes y significativas.

Casi cuatro décadas separan a los poetas más veteranos (nacidos en 1948) del más joven (nacido en 1986), y también cuatro décadas separan el primer poemario publicado del más reciente: Antonio García Velasco iniciaba su andadura poética en el año 1975, una fecha emblemática para la historia contemporánea de España, y Ángelo Néstore recibía en 2017 (con apenas treinta años) el Premio de Poesía Hiperión por su segundo libro. A lo largo de estos cuarenta y dos años, casi un centenar de títulos y más de una veintena de premios de reconocido prestigio jalonan la trayectoria poética de este grupo de profesores.

A pesar de la multiplicidad de intereses y poéticas que, claro está, recorre la personalidad y la obra de cada uno de ellos, es posible, sin embargo, descubrir entre sus formas de concebir la escritura poética (al modo de los poetas-profesores del 27) secretas afinidades y algunas complicidades.

Antonio J. Quesada y Francisco Morales Lomas, que pertenecen a dos generaciones cercanas, cultivan una poesía de compromiso ético y social próxima a la poesía social de los años 50, aunque con una diferencia fundamental, mientras los poetas sociales creían, ingenuamente, en el poder transformador de la palabra, al poeta comprometido de ahora le basta con observar el mundo exterior y levantar acta. Sin más. La transformación del mundo solo vendrá del cambio de actitudes, no de las palabras. Porque hemos pasado, casi sin darnos cuenta, de la sombría dictadura política a la uniformidad del capitalismo más inmisericorde, y en un mundo así, el poeta (oficio de poco rédito) no puede ser sino sospechoso. Estas preocupaciones sociales y éticas, que trascienden el compromiso político, se vehiculan en lo que la crítica ha denominado «humanismo solidario». O sea, poesía comprometida, más allá de banderas o facciones, con el ser humano.

Rosa Romojaro y Francisco Ruiz Noguera comparten una poética que tiene sus raíces en el neobarroco más exigente, eso sí, personalizado y actualizado. Ambos son capaces de tomar un mito clásico, recrearlo, manipularlo a su antojo y hablarnos de otra cosa: del placer de la absoluta belleza, del instante, del recuerdo, del deseo. Ambos cultivan además una poesía, de palabra rigurosa y formalmente exquisita, en la que la reflexión (objetivo último del poema) se



disfraza de esteticismo y, en ocasiones, incluso de silencio. Corrientes ambas, esteticismo y silencio, que forman ya parte de la riqueza expresiva consustancial a la poesía de los 80 y 90.

También Manuel Montalbán, que toma como punto de partida las imágenes alojadas en nuestra memoria, se decanta por la observación y la reflexión, los dos pilares de una poética que tiene su origen en la singularidad de la mirada; a través de ella, el poeta es capaz de fundir en un solo poema la experiencia personal, el tiempo histórico y, a veces, incluso la investigación antropológica.

Álvaro García y Antonio Jiménez Millán, que comenzaron su trayectoria literaria con una poesía cercana a lo que se llamó «poesía de la experiencia», supieron superar muy pronto unos presupuestos que con el correr de los años acabarían por convertirse en trillados clichés, y cultivar una poesía de más hondo calado y lenguaje depurado. Pero, mientras Álvaro García gusta de los metros tradicionales (pocos poetas actuales tienen un sentido del ritmo tan desarrollado), las voces de resonancias clásicas y el poema largo (algo inusual en estos tiempos), Jiménez Millán cultiva también el verso libre, el poema en prosa y la (difícil) naturalidad expresiva. Ambos coinciden, sin embargo, en ejercitar una poesía basada en la memoria y el recuerdo, y también ambos son capaces de sortear las trampas tendidas por las emociones para imbricar historias personales (a veces, a modo de diario) en la memoria histórica, y, de paso, reflexionar sobre el paso del tiempo y los agujeros (personales o sociales) que han ido abriéndose por el camino.

La poesía de Antonio García Velasco y Ana María Prieto, a caballo entre las preocupaciones éticas y la poetización del sentimiento, comparten también algunos rasgos de estilo no exentos de modernidad (fundamentalmente la búsqueda del equilibrio entre la naturalidad expresiva y la preocupación formal), y además, ese gusto por los temas de la poesía de siempre: la experiencia amorosa, la nostalgia por el tiempo ido, la desazón ante la muerte. Temas clásicos que conectan con la más pura tradición neorromántica cultivada por Antonio Gómez Yebra, un poeta fuera de grupos y tendencias, que prefiere las estrofas tradicionales (sobre todo el soneto) para poetizar las delicias de la vida conyugal, aunque no desdeñe por ello las lúdicas posibilidades que le brinda una sabia manipulación del lenguaje (desde los retruécanos a los juegos de palabras o las asociaciones sinestésicas).

Esa búsqueda de recursos dentro de la propia dinámica del lenguaje es utilizada también por dos poetas no tan lejanos, Eduardo Casilari y Carmen López, aunque la finalidad última de la poesía de ambos vaya más allá del puro juego y sea en realidad una manera de mostrar la desazón metafísica que acompaña a toda indagación interior. Carmen López prefiere encubrir esta dolorosa búsqueda con el fuego de artificio de los recursos fónicos y semánticos propios del lenguaje, en tanto que Eduardo Casilari utiliza la realidad cotidiana para descubrir un universo paralelo en el que conviven el hombre y sus fantasmas.

Las distintas perspectivas de género, y su cuestionamiento, pueden seguirse en la obra de Esther Morillas y Ángelo Néstore. Pero mientras la obra de Esther Morillas proyecta, sin necesidad de subrayados, su personal visión del mundo desde una desprejuiciada mirada femenina, Ángelo Néstore cuestiona el concepto mismo de género diluyendo las fronteras que separan lo masculino de lo femenino. Ambos comparten, sin embargo, el uso de un elaborado lenguaje coloquial tras el que se esconde una compleja y personal lectura de los condicionantes de género.

Pero estas complicidades y simetrías podrían ser perfectamente otras: la mirada de Manuel Montalbán puede alinearse con la del último Ruiz Noguera; Antonio J. Quesada, al igual que Carmen López o Eduardo Casilari, utiliza en muchas ocasiones la palabra poética para ahondar en los distintos «yoes» que lo componen; Jiménez Millán y Rosa Romojaro son capaces de tender puentes hacia el compromiso solidario y García Velasco hacia el ético; Francisco Morales Lomas se vale de sus propias experiencias para mostrar su compromiso social, y Álvaro García es capaz de convertir la más nimia anécdota cotidiana en verdadera palabra poética... En fin, un juego de múltiples posibilidades que es prueba de la riqueza, complejidad (y coherencia) expresiva de este sólido y plural grupo de poetas y profesores de la UMA.